

y cuyo único peligro es la monotonía y debilidad casi femenina, derivada del mismo albedrío poético, que desata su vibrante capricho, sin que intervenga la voluntad ni la inteligencia con su facultad de ordenación. Sucede, entonces, que las voces líricas sobreviven con un mínimo de clasificación consciente, al soplo de su síntesis espontánea y limpia, de gran sugerencia. Este alcance de diáfana poesía, lo obtiene Víctor Castro con plenitud en los seis primeros poemas del volumen, aquellos que ni siquiera han requerido título, pues traducen la fibra heroica de la más honda poesía. Contextura artística que no puede ser imitada y que al poeta Víctor Castro le deparará, sin duda, sus mejores y más legítimos triunfos.

«CORRESPONDENCIA», por *Oswaldo Vicuña Luco*. Imprenta Universitaria. Santiago de Chile, 1946.

Acaba de aparecer un tomo con cuatrocientas páginas bien escritas, sazonadas de anécdotas y de citas literarias, cuyo autor es Oswaldo Vicuña Luco, malogrado artista chileno, fallecido en Viña del Mar, durante el año 1945.

No se trata de una obra que alguien pudiera enjuiciar con superficialidad o con ese ánimo despectivo y suficiente que malogra, tantas veces, las funciones constructivas y orientadoras de la crítica. No, por cierto. Oswaldo Vicuña Luco nos desnuda sin reticencias todos los secretos de su cultura, sus primeros deslumbramientos; sus apasionadas admiraciones juveniles, aunque ellas no coincidan con las obras más refinadas y difíciles. Justamente allí reside la clave de su encanto y esa atmósfera familiar sin artificios, donde la inteligencia juega su papel con la más permanente buena salud, a pesar de animar un cuerpo débil y enfermizo que se consume, al fin, en la llama de sus ideas como tantas veces ha sucedido. Porque el lector descubre al hombre que desde la mención de un hecho doméstico cualquiera, se transporta, con acento imperceptible; a los más com-

plejos asuntos abstractos y desde la descripción viva y coloreada de algún entremés de la política criolla, asciende al diagnóstico crítico de un Marcel Proust, por ejemplo, con una orientación severa y original, distinto de cuantos hayan podido escribirse.

Pero hay, además, otro contraste, entre los numerosos que pudieran señalarse someramente. El consiste en que la extraordinaria seguridad para entrometerse en el propio mundo interior, que parece constituir su vida única, se transforma en alada maestría cuando describe el mundo objetivo; esto es, los viajes hacia países extranjeros, la vida entre otras nacionalidades y la soledad en tierras extrañas, donde se habla otro idioma y se actúa con el ritual de otras costumbres.

Y, por fin, corresponde señalar que este libro escrito por un hombre especializado en bucear principalmente en el rico venero de la cultura francesa, es un chileno a carta cabal, un compatriota de esos que resumen los mejores atributos de nuestra raza y que podrían sintetizarse en equilibrio de los conceptos, sobriedad en el tono, modestia a toda prueba para desenvolver el propio contenido, sin jactanciosa petulancia.

Todo ello se debe, sin duda, a que la obra de Osvaldo Vicuña Luco, que sus amigos y editores han intitulado «Correspondencia», trasluce una familiaridad de gran señor con la cultura y un equilibrio moral que permite alejarlo sin titubeos de su autor más semejante, el ginebrino Federico Amiel.

No puede hablarse, al comentar este libro valioso de nuestra literatura que guiará, en lo sucesivo, muchas vehementes vocaciones literarias, de un esfuerzo que no logró cristalizar en la obra enfática y decisiva con la cual todos los artistas sueñan. En la impersonalidad de estos apuntes, breves análisis y cartas íntimas, está aprisionado todo el resplandor de una vida humana, culta y sabia, sin ningún pretexto retórico.